

# INCULTURACION

## EN LAS COMUNIDADES ECLESIALES

### DE BASE

*Prof. Marcos Rodrigues da Silva*

1. La concepción de las Comunidades Eclesiales de Base surge de las tendencias, ideas y hechos que la precedieron y que se traducen en la manera cómo se forman dentro de la perspectiva histórica de estos años, especialmente de Medellín, y como consecuencia de los 10 años anteriores a Puebla. De este contexto se partirá para comprender la comunidad eclesial de base concebida como grupo de base y que culminó, en el ámbito de la Iglesia, con los trazos sociológicos que Puebla entendió y denominó Comunidad Eclesial de Base (CEB). Es importante destacar la marcante concepción eclesial en esta acción vivida por el Pueblo de Dios.

2. No podemos concebir las CEBs partiendo de un concepto de la fenomenología y sí analizándolas y comprendiéndolas en su contexto e historia particular. Debemos para eso destacar los elementos esenciales de esta acción eclesial. El *primer elemento* es su contexto de origen: *la comunidad*. Resguardando todos los debates y significados relativos a su contenido y a su identidad, precisaremos que en el ámbito de las CEBs se pretende reencontrar y restaurar todos los elementos que la constituyen tanto en la sociedad como en la Iglesia. La necesidad de tener un grupo y de caracterizar en él su función es el dato primario de las relaciones del ser humano con su contexto. El resultado está en la estrecha relación e interdependencia establecida. Cuando consideramos la realidad parroquial podemos ver cómo esta relación entre la persona y su contexto toma fuerza y sentido dentro del grupo.

Las relaciones en el ámbito de las CEBs, a partir de su experiencia comunitaria, confirmaron y valorizaron la unidad que identifica la comunión eclesial. Es imposible que ocurra en las la bipolaridad antagónica de la Iglesia dividida entre jerarquía y clero de un lado y laicos (fieles) del otro. Virtudes y carismas son compartidos en los servicios y testimo-

nios vividos en el conjunto de la eclesialidad a partir de compromisos y desafíos que presenta la sociedad actual.

3. Como *segundo elemento* corresponde destacar la *eclesialidad* vivida, como identidad de la práctica cristiana, en todo el continente. Se trata de una eclesialidad vivida fundamentalmente en una experiencia fuerte y carismática de la fe vivenciada en la certeza del dato revelado y en la confianza testimoniada por la Iglesia. El vínculo con la jerarquía, que reconoce y asumen las CEBs legitimando su pertenencia a la Iglesia, es la consecuencia de esa actitud de fe. En este contexto de eclesialidad, en su dinamismo, surge una "nueva manera de ser Iglesia" donde están presentes la espontaneidad de concretar el servicio a los hermanos y recuperar, además, el valor perenne de los ministerios como señal-visible de la Iglesia en el mundo a través de sus miembros.

4. Un *tercer elemento* es la *base*. Podemos interpretar desde diferentes puntos de vista el significado de este término. Elegimos dos interpretaciones que creemos, completan una totalidad compleja más cargada de hechos y acciones que las justifiquen en sí mismas. La primera interpretación, de acuerdo con el magisterio, destaca "base" como siendo constituida de pocos miembros en forma permanente y a modo de célula de la gran comunidad. En un segundo momento podemos también interpretar qué base es esta parte de la población de una sociedad que se vé privada, al mismo tiempo del tener, del poder y del saber. Será en este contexto, además, que conseguiremos concretar y asumir la cultura del pueblo. Esto significa que a través de las CEBs podemos experimentar la acción y los efectos de una verdadera inculturación. En efecto, todo eso es posible porque las CEBs están localizadas preferentemente en ciertas zonas de la sociedad: zona rural y zona periférica de la ciudad. Por otro lado en este contexto se encuentran los grandes desafíos y exigencias de justicia por las que el pueblo clama: superación de la injusticia estructural, participación política, vivencia ecuménica, etc.

5. Ante el impacto que significa vivir y asumir una participación efectiva junto a las CEBs, comienzan a plantearse cuestiones que merecen nuestra atención y, dentro de lo posible, respuestas objetivas que proporcionen caminos de vivencia y compromiso con la Palabra de Dios en el mundo.

Están abiertas las cuestiones: ¿Cómo, en la vivencia y la práctica misionera y catequística, podemos encarnarnos en el mundo de las comunidades eclesiales? ¿cómo conseguir una actitud de inculturación que nos permita vivir y ser una Iglesia pobre al lado de los pobres? ¿cómo se debe fortalecer la vivencia de una interacción más comunitaria y participativa? La inculturación nos pide que tengamos estructuras

flexibles, de acuerdo con las necesidades urgentes, entonces, ¿cómo abrir caminos sin herir o mancillar la tradición (eclesial y popular)?

6. La inculturación en las CEBs favorece el diálogo y el servicio. Entendemos que al hablar de inculturación debemos servirnos de ayudas metodológicas que nos capaciten cada vez más a entrar en un proceso de comprensión de la cultura o de las culturas y además nos proporcionen un auténtico conocimiento de las diversas dimensiones culturales que están presentes en las dinámicas de lo cotidiano. En este sentido, indicamos dos momentos necesarios. Llamaremos al primero el “diálogo hermenéutico”. Corresponde a la actitud del evangelizador: de atención, escucha y reconocimiento de aquello que le es desconocido. Tendrá también que clasificar y localizar las diversas situaciones que ocurren, procurando encontrar un eje para su tarea específica: evangelizar. Llamemos al segundo momento de “praxis”. Creemos que esa actitud es el sello en la historia de la Iglesia misionera, que siempre se coloca al servicio; un servicio comprendido dentro de una actitud de responsabilidad. Inculturación, por tanto, exige del servidor una comprensión profunda de la cultura y de sus sujetos. Hay que analizar y contemplar la respuesta a través de una crítica profunda. Debemos considerar, entonces que la respuesta de evangelizar deberá llevar siempre a avanzar y construir mejores condiciones de vida. Este es el principio.

De acuerdo a esto, es imposible pensar en una praxis que produzca efectos de desánimo y atraso.

7. La inculturación conforma la vocación y el ministerio de la Iglesia y exige concientización y organización a partir de los más empobrecidos y de las diversas expresiones culturales. Los pastores, como líderes y proclamadores del Reino en América Latina afirman que “las Comunidades Eclesiales de Base son expresión del amor preferencial de la Iglesia por el pueblo sencillo” (Puebla 643).

Está aquí el primer dato importante. Este “pueblo sencillo” está formado por hombres y mujeres profundamente ligados a una cultura típica. En este contexto, la edificación del Reino se sirve de elementos de las culturas humanas (EN 20).

8. Una acción evangelizadora en las CEBs deberá tener claro lo que significa inculturación.

Entendemos que la inculturación se aplica a la cultura específica de un pueblo específico. Negamos por tanto la polarización de culturas y afirmaciones de la cultura contextualizada. Así también es la verdadera inculturación. Así se favorece “el proceso de evangelización por el

que se da la encarnación de la vida y mensaje cristiano asimilados por una cultura concreta de modo que no lleguen solamente a expresarse con elementos propios de esa cultura, sino que se constituyan en el principio inspirador, normativo y unificador que transforma y recrea esa cultura dando así origen a una nueva creación” (Cf. Arrupe, 1978).

En las CEBs el agente deberá tener elementos suficientes para una verdadera inculturación tanto desde el punto de vista teológico como pastoral.

Un dato importante de justificación es el contexto cristiano, en este caso, católico. Así, estando presentes los elementos significativos de la cultura, nacen nuevas prácticas litúrgicas con mayor carácter representativo (símbolo) y cargadas del contenido teológico (fe) que este pueblo de las CEBs vive.

9. Debemos preguntarnos por último: ¿con las CEBs una forma de evangelización inculturada? o, todavía ¿en qué sentido y medida son las CEBs instrumento y mediación de un proceso de inculturación del mensaje cristiano?

No hay duda de que el proceso ya vivido por las CEBs comprueban su auténtica fidelidad a la misión evangelizadora (catequística).

Considerando los moldes y las culturas en que están situadas, las CEBs fortalecen la vida y la fe de la comunidad con sus grupos de estudios bíblicos, cultos de la Palabra, formación de iniciación cristiana y de los nuevos ministerios no ordenados. Advierte el P. Arrupe: “la inculturación en la catequesis es la penetración de la fe hasta los más íntimos fundamentos de la vida humana, de manera que la fe pueda ejercer su propio influjo sobre el modo de pensar, sentir y actuar de cada uno de los hombres bajo la acción animadora del Espíritu de Dios” (P. Arrupe 1978).

La inculturación es un proceso que a veces sucede en sentido inverso, o sea que es el receptor quien se incultura. Esto sucedió muchas veces en la historia pasada de la misión eclesial y hoy, esporádicamente se repiten en las comunidades hechos idénticos.

Es importante todavía que el agente evangelizador (catequista) procure avanzar en el camino del Evangelio entendiendo lo que vive, sufre y espera el pueblo en su cultura, costumbres y tradición.